

CAPÍTULO IX.

LA NOCHE DE BODAS DEL SEÑOR CONDE Y LA SEÑORA CONDESA
RAPPT (CONTINUACIÓN).

El conde Rappt miró un instante á Regina meneando la cabeza, y dijo :

— En el punto en que estáis, Regina, y para deciros la verdad, os creo incapaz de sentir una pasión seria, de amar franca, verdaderamente.

Regina hizo un movimiento.

— ¡ Oh ! no es que os haga, al decir esto, un reproche, continuó el conde, al contrario, es que os tributo un elogio. El amor no es más que la pasión de las almas, que no tienen otra. Es un detalle de la vida, no es su objeto. Es un accidente risueño ó terrible del gran viaje que el hombre hace en este mundo. Es preciso soportarlo ; pero no correr delante, domarlo y no someterse á él. Tenéis un discernimiento superior, una razón suprema... Llamadlos en vuestra ayuda, interrogadles, y veréis que esa clase de relaciones, que os invito que no tengáis más que lo más rara y escrupulosamente posible, concluyen siempre mal. Y esto es lógico : el adulterio lleva en sí su propia condenación, porque el hombre que ama á una mujer casada, si es un hombre honrado, no puede estimar á la que engaña á su marido y arriesga el deshonor á sus hijos. Añadid á esto, Regina, que este hombre será infaliblemente vuestro inferior, inferior en nombre, en fortuna, en inteligencia, porque conozco pocos hombres de un

valor igual al vuestro ; siendo más fuerte que él, vos le protegeréis. ¡ Pues bien ! lo que hoy llamáis su amor, le llamaréis mañana su debilidad ; desde entonces despreciaréis á ese hombre. En cuanto á él, un día ú otro reconocerá vuestra superioridad, se avergonzará del papel de amante servil que le habréis hecho aceptar, y os odiará.

— Si el hombre á quien amo, ¿ ois bien, caballero ? exclamó Regina con voz sonora (digo á quien amo y no á quien amaré), si el hombre á quien amo me odia algún día, será porque yo sea mala, porque vuestros odiosos principios y vuestra educación emponzoñada, á pesar de todos los esfuerzos que yo haya hecho para escapar de ellos, hayan producido sus frutos. Entonces, su odio unido al mio caerá sobre vos, causa, principio, autor del mal. ¡ Pero no ! Eso no sucederá ; continuaré la obra comenzada ; todo lo malo que habéis sembrado en mí, lo arrancaré ; y suponiendo que mi alma, ese espejo de Dios, haya sido manchada un instante, yo encontraré el alma de mi infancia, ó me formaré otra alma nueva.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, dijo el conde Rappt sonriendo, es demasiado tarde.

— ¡ No ! Dios clemente, dijo Regina con exaltación, ¡ no ! no es demasiado tarde ; y si ese hombre me oyera, sabría que ya he ahogado todas las miserias de mi vida en el océano de ternura que Dios había puesto en mi corazón.

El conde miró á Regina con cierto asombro.

— Puesto que vuestra alta razón quiere hoy estar sorda, Regina, dijo, bajemos de las alturas de la filosofía social á eso que os place llamar bajezas de los intereses materiales. Voy, pues, á hablaros de mi más querido deseo, de mi única ambición. Regina, ya lo sabéis, quiero ser ministro.

Regina bajó la cabeza, signo que equivalía á esta respuesta :

— Ya sé que ese es vuestro deseo.

— Tengo muchos enemigos, Regina, continuó el conde Rappt, en primer lugar todos mis amigos ; me cuido muy poco del ridículo que se pueda lanzar sobre mi vida política. Se sabe lo que valen semejantes ataques ; pero no quiero, entendedís, Regina, no quiero que se ataque á mi vida privada. Sabéis la frase de aquel otro ambicioso que la antigüedad nos ha legado como el tipo de la especie :

« De la mujer de César, no debe siquiera sospecharse. »

— Supongo por lo pronto, respondió irónicamente Regina, que no tendréis la pretensión de ser el César de los tiempos modernos. Además, fijad la atención, en que esa máxima que aplaudo con todo mi corazón, cuando se aplica á las circunstancias ordinarias de la vida, dice : *La mujer de César, ¿ oís, caballero ? la mujer.*

— ¡ Eh ! señora, cualquiera cosa que seáis para mi á los ojos del mundo, sois siempre mi mujer.

— Sí, señor ; pero á los ojos de Dios soy vuestra víctima, y dejadme partir de este punto de vista.

— Por favor, señora, descendamos á la tierra.

— ¿ Me obligáis á ello ?

— Os lo suplico.

— Corrienté, caballero, dijo Regina toda febril, os confieso que entro, á pesar mío, en semejantes detalles. Tenéis una querida...

— ¡ Es falso, señora ! exclamó el conde Rappt saltando al sentir aquella herida, como el toro al sentir las banderillas de fuego.

— Recobrad vuestra sangre fría, caballero. Delante de

mi no os permito la cólera. Tenéis una querida ; es pequeña, rubia, tiene treinta años, es amiga de Mad. de Marande ; se llama la condesa de Gasc, vive en la calle del Bac, número 18.

— No sé si os cuesta cara vuestra policía, señora ; pero lo que sé es, que por mal pagada que esté, os roba el dinero.

— Vive calle del Bac, número 18, continuó friamente Regina. Vais á su casa los lunes, miércoles y viernes. Hace un momento os comparabais á César, que era el valor ; no os costará más compararos á Numa, que era la sabiduría. Esa es vuestra segunda Egeria. La primera es la señora marquesa de la Tournelle, vuestra madre. No necesito pagar bien ni mal una policía, para saber cosas que son de pública notoriedad. No hay un periódico liberal que no haya dicho eso desde hace dos años.

— Eso es una calumnia absurda, señora, y en verdad que apenas comprendo cómo os hacéis eco de miserables libelistas.

— Gracias, caballero ; no me disgusta conocer vuestra opinión sobre los periódicos. Cuando queráis en adelante decirme que me hacen el honor de ocuparse de mí, os responderé con vuestras propias palabras.

El conde Rappt se mordió los labios ; en seguida, vivamente, y como un hombre que encuentra un argumento sin réplica, dijo :

— La diferencia que hay entre vos y yo, Regina, es que yo niego formalmente las tonterías que se me atribuyen, mientras que vos no vaciláis en confesar las faltas de que se os acusa.

— ¡ Qué queréis, caballero ? Me colocáis en una posición excepcional ; no os admiréis, pues, de que me con-

vierta en una excepción. Sí, hay una diferencia entre nosotros, caballero, una grande. Yo soy franca, vos os rebajáis hasta la mentira; sólo que mentis inútilmente. Hace mucho tiempo que sé (excepto la cosa terrible que he sabido demasiado tarde desgraciadamente, porque si la hubiera sabido, ningún poder humano me hubiera obligado á decir sí delante del altar), digo que hace mucho tiempo que sé á qué atenerme respecto á todos los detalles de vuestra existencia. Podría deciros, sobre mil francos arriba ó abajo, no sólo lo que esa mujer recibe de vos (no hago caso del dinero, por lo tanto no me interrumpáis), sino lo que toca de la policía, porque la honrada criatura que os vende su cuerpo, ha vendido su alma á vuestros amigos. Pero sois rico, y os autorizo á que toméis de mi dote lo que queráis para comprar á Mad. de Gasc entera

— ¡ Señora !

— Sí, soy de vuestra opinión, me alejaba de la cuestión; lo he hecho con disgusto, pero lealmente.

— Una palabra más sobre este asunto.

— Os doy gracias por pedirmela, porque esa petición me prueba que vos, que respetáis tan pocas cosas, habéis conservado, sin embargo, algún respeto hacia mí.

— Ese respeto, señora, sólo de vos depende el poseerlo entero.

— ¿ Y qué es preciso hacer para ello, caballero ?

— Renunciar al hombre que os ama.

— ¡ Renunciar á él ! ¡ creo que me decís que renuncie á él ? ¡ Eh ! caballero, sin el horrible secreto que me ha sido revelado, era cosa hecha, y nunca le hubiera vuelto á ver, porque en todo caso vos erais mi marido, y desde el momento que os había aceptado como tal, delante de Dios y los hombres os hubiera permanecido fiel. ¡ Oh ! me co-

noéis y no dudáis de ello. Pero hé aquí que por un crimen inaudito, por uno de esos crímenes, que sólo se encuentran en las sociedades antiguas, escapado de manos de la fatalidad; hé aquí, repito, que destruis toda mi existencia, y ¿ creéis que sufriré el decreto de vuestro cálculo, como sufriría el de la fatalidad, como víctima resignada ? ¡ creéis, que derribada en tierra por vos, no me volveré á levantar ? ¡ Oh ! ¡ estáis loco verdaderamente ! Hé aquí que el Señor me envía un hombre para que sea mi apoyo, en el momento en que todo apoyo me falta, que se convierte, gracias á la Omnipotencia divina, en mi pensamiento único, mi único porvenir, mi vida, en fin; y venis á decirme friamente, vos culpable, vos criminal, vos indigno, vos incestuoso, vos venis á decirme que renuncie á él; ¡ pero aun no os he dicho yo cuánto amaba á ese hombre !

Mr. Rappt vaciló un instante antes de saber si emplearía el tono colérico, ó el irónico.

— ¡ Bravo ! señora, ¡ bravo ! dijo palmoteando.

— ¡ Caballero ! exclamó Regina con un movimiento de leona herida, no soy una cómica, para que os permitáis aplaudirme, y si desempeño un papel, es en el drama de mi pobre vida, al que espero dará Dios el desenlace que merecen el crimen y la inocencia.

— Perdonad, señora, repuso el conde con una obediencia fingida, esto procede sin duda de la costumbre que tenéis de frecuentar los artistas. Pero habéis dicho esas últimas palabras tan dramáticamente, que me he creído en el teatro.

— Os equivocabais, *padre mio*, respondió Regina con implacable firmeza, estáis en la habitación de vuestra hija, y si uno de los dos desempeña una odiosa comedia, sois vos; vos, que tenéis una máscara en vez de un rostro;

vos, que habéis levantado con vuestras manos las tablas donde hace quince años desempeñáis todos los papeles. ¡ Ah ! habláis del teatro y la comedia, pues, y ¿ qué hacéis más que desempeñar una comedia ? La duquesa de Herefort es omnipotente en Inglaterra, adonde esperáis ir un día como embajador, y no es la ternura la que os estimula á hacer con los hijos de lady Herefort lo que hacéis. ¡ Comedia ! porque vos odiáis los niños. Por otra parte, ¡ qué es lo que vos no odiáis ! Cuando vais en carruaje, sea á la corte, al ministerio ó á la Cámara, lleváis siempre un libro en la mano. ¡ Comedia ! porque no leéis, á menos que leáis á Maquiavelo. Cuando la primera cantatriz de los Italianos canta, la aplaudís y gritáis ¡ bravo ! como hace un momento, y después le escribís páginas sobre la música. ¡ Comedia ! porque no podéis sufrir la música. Pero la primera cantatriz es la querida del barón de Straashausen, uno de los más poderosos diplomáticos de la corte de Viena. En compensación de todas esas hipocresías, es verdad que vais el domingo á Santo Tomás de Aquino. Comedia siempre ; comedia infame, más infame que las otras, porque mientras vuestro carruaje blasonado está parado á la puerta principal, vos salís por la pequeña, para ir sabe Dios dónde, á reuniros quizá con Mad. Gasc en el gabinete del prefecto de policía.

— ¡ Señora ! rugió sordamente el conde.

— Sois propietario ostensible de un periódico que defiende la monarquía legítima, y sois redactor secreto de una revista, que conspira contra esta monarquía en favor del duque de Orleans. El periódico sostiene la rama primogénita ; la revista sostiene la segunda ; de modo, que si una de estas dos ramas se rompe, podéis fácilmente agarraros á la otra. Y mirad, esto se sabe, y lo saben particulares

y ministros, y ciudadanos y gobierno. Los unos os saludan y los otros os reciben, y vos decís : puesto que hacen esto, ignoran. ¡ No ! no ignoran, caballero, lo saben ; pero podéis llegar á ser poderoso, y se saluda á vuestro poder futuro ; pero se sabe que seréis rico, y se saluda á vuestra riqueza futura.

— ¡ Ánimo ! señora, dijo el conde medio aterrado.

— En verdad, caballero, continuó Regina, ¿ no es esta una incalificable comedia ? decid. ¿ No estáis cansado de engañar siempre ? Veamos, respondedme, ¿ para qué servís sobre la tierra ? ¿ Qué bien habéis hecho, ó más bien, qué mal no habéis hecho ? ¿ Qué habéis amado, ó más bien, qué no habéis odiado ? ¡ Mirad ! caballero, ¿ queréis saber todo mi pensamiento, queréis conocer una vez por todas lo que hay para vos en el fondo de mi corazón ? Pues bien, ¡ hay ese sentimiento que vos experimentáis para todo el mundo, y que yo nunca había experimentado para nadie ! hay odio. Odio vuestra ambición, odio vuestro orgullo, odio vuestra cobardía, os odio desde la cabeza á los pies, porque desde la cabeza á los pies no sois más que mentira.

— Señora, dijo el conde, muchas injurias son esas para mí, que queria evitaros una vergüenza.

— ¡ Vos evitarme una vergüenza, caballero !

— Sí, corren respecto á ese joven ciertos rumores... Regina tembló, no por lo que iba á decir el conde, sino por lo que Petrus iba á oír.

— No os creo, dijo.

— Aun no os he dicho nada, y ya de antemano me desmentís.

— Porque de antemano sé que vais á mentir.

— Á pesar de su parentesco con el general de Courte-

nay, no se le recibe en ninguna casa del arrabal de San Germán (1).

— Porque no se digna hacerse presentar en un salón, en donde podría encontraros.

— Lleva un tren de príncipe, y no se le conoce fortuna alguna.

— Porque le habéis encontrado una vez en el bosque, sobre un caballo adiestrado, y otra en el balcón del Teatro Francés con un billete que su amigo Juan Robert le había dado.

— Se dice que es su banquero cierta princesa de teatro.

— ¡ Caballero ! exclamó Regina, pálida de cólera y de terror, os prohibo insultar al hombre á quien amo.

Dirigió sus palabras hacia el lado del invernadero, á fin de que Petrus comprendiese bien que á él iban dirigidas.

En seguida, avanzando hacia la campanilla y agitándola violentamente, añadió :

— Si algo pudiera consolarme de oiros calumniar á un ausente, caballero, es la convicción en que estoy de que si ese ausente estuviese delante de vos, no os atreveríais á repetir una sola de vuestras palabras.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró Anita.

— Volved á conducir al señor conde, dijo Regina á su camarista, poniéndole una antorcha en la mano.

En seguida, como el conde, rechinando los dientes de rabia, pareciese dudar en retirarse :

— Salid, señor conde, dijo Regina con un gesto de supremo mando, mostrándole la puerta abierta.

(1) El arrabal de San Germán es el barrio donde habita toda ó casi toda la aristocracia de cuna parisiense. (N. del T.)

El conde hubiera querido, sin duda, resistir ; pero estaba dominado por la grandeza de aspecto de la joven.

Dirigió sobre ella una mirada de serpiente obligada á huir ; y con las mandíbulas apretadas, los puños crispados, dijo con voz sorda y amenazadora :

— ¡ Pues bien ! corriente, señora, ¡ adiós !

Y salió seguido de Anita, que volvió á cerrar la puerta detrás de sí.

Pero la escena había sido demasiado violenta ; el corazón de Regina, como un lago hinchado por una lluvia de tempestad, se desbordó de repente.

Cayó sobre el sillón, lanzando un grito de cansancio, y semejantes á dos arroyos, corrieron sus lágrimas sobre sus mejillas pálidas, desde sus ojos medio cerrados.

CAPÍTULO X.

CONVERSACIÓN DE AMOR.

En el momento en que Anita cerraba la puerta, Regina caía sobre un sillón medio desmayada, salía Petrus del pequeño invernadero, y aparecía pálido, con la frente inundada de sudor, pero con los ojos radiantes de placer.

En efecto, si aquel drama íntimo, al que acababa de asistir, le había llenado de espanto y de disgusto, á él, alma cándida, corazón leal, el papel de mártir que había desempeñado Regina, se le aparecía en toda su grandeza ; y la profunda conmiseración que experimentaba por la víctima, le hacía olvidar casi al verdugo.

Acercóse Petrus lentamente á Regina : pero ella, al oír venir al joven, puso sus dos manos sobre su rostro, y permaneció en la actitud del condenado que va á oír pronunciar su fallo. Hubiérase dicho que temía que la infamia de su marido y la falta de su madre apareciesen sobre ella, y por miedo que su amante viese su rubor, se cubría el rostro con sus hermosas manos.

Petrus comprendió el combate que tenía lugar en ella, la púdica emoción que la agitaba. Puso una rodilla en tierra, y con voz dulce y firme á la vez, le dijo, ó más bien murmuró, como hubiera hecho con una canción para dormir á un niño :

— ¡ Oh ! mi bella Regina, yo no te amaba más que como se ama á una joven ; ahora, te adoro como á una mártir. El crimen de que eres víctima, en vez de resaltar á mis ojos sobre ti y manchar la túnica de tu inocencia, te hace resplandecer con todo el brillo de tu belleza. Puedes, pues, mirarme sin vergüenza y sin temor, porque soy yo quien debo ruborizarme de estar tan por debajo de ti. Desde este momento eres sagrada para mí, y mi amor va á elevarse por encima del amor vulgar de los demás hombres, para llegar hasta ti. Oh Regina, te amo, te amo... tengo para ti esa adoración que hubiera tenido para mi madre si hubiera vivido ; tengo para ti las inefables ternuras que hubiera tenido por mi hermaná si el cielo me hubiera dado una hermana ; tengo para ti el culto que tenía cuando niño para la Madona de granito, que desde lo alto de nuestras montañas dominaba las tempestades del Océano.

Regina dejó caer sus dos manos en las del joven, descubriendo su rostro, que expresaba un profundo sentimiento de reconocimiento.

Petrus continuó :

— Te decía, hace un momento, que me habías devuelto á la vida ; que me habías mostrado el verdadero fin de la existencia, que hasta entonces la había creído ya un capricho inútil de Dios. ¡ Pues bien ! á mi vez, amada mía, soy yo quien, como tú decías á aquel hombre, soy yo quien te tiendo la mano, soy yo quien te levanto, y así cogidos por la mano, encadenados uno á otro, seremos más fuertes para resistir al mal, y desafiaremos á los hombres, acercándonos á Dios.

Una pálida sonrisa se dibujó sobre los labios de Regina.

— Mirame á tu vez, Regina, continuó Petrus, como me decías hace un instante que te mirase. No te pregunto, como tú, ¡ si me amas ! Te digo : ¡ Me amas ! Mi corazón tiembla y late, hasta el punto de romperse, ante estas palabras : *Me amas*. Todo lo que había de obscuro en mí, se esclarece y se ilumina con esa frase divina ; todo lo bueno que tenía se hace mejor, todo lo triste sonríe, todo lo malo se va. Hasta aquí mi corazón estaba obscuro como la noche, y en esta obscuridad pasaba tu amor como un sueño. Hoy mi corazón es de azul como el cielo, y tu amor irradia en él como una sola estrella.

La joven le miraba tiernamente y le dejaba hablar ; porque semejante á esas plantas, de que habla el poeta de Florencia, á las que la escarcha nocturna ha hecho bajar la cabeza, y que vuelven á levantar sus corolas bajo los rayos del sol, se sentía revivir á los acentos de su palabra y bajo los rayos de sus ojos.

Y él continuaba :

— Te amo... no escuches otra voz que la mía, Regina ; no pienses en otra cosa que en mí, adorada mía ; no mires más que á mi amor ; déjame mecerte con mis palabras,

como la barca se deja mecer por las olas, como la flor se deja mecer por la brisa. Abandónate á mi, tu dolor no tiene más seguro retiro que mi alma. ¡ Te amo ! olvida la tierra por esta palabra. Muramos en el mundo, y que nuestro amor sea una eterna asunción. ¡ Lo que los hombres llaman Dios, es el amor inmortal !

Y poco á poco, mientras que Petrus hablaba, el rostro de la joven recobraba su expresión natural, se coloreaba con todas las tintas de la felicidad, se coronaba con todos los rayos de la dicha. Las palabras armoniosas de Petrus resonaban en ella, como suaves acordes, y contenida, mitad por el dolor, que aun zumbaba sordamente en el fondo de su alma, como un trueno lejano, medio arrastrada por la alegría que la inundaba, como un rayo tibio de primavera, bajóse Regina hacia el joven, siempre arrodillado delante de ella, le enlazó con sus dos brazos, y murmuró á su vez :

— ¡ Te amo ! ¡ te amo !

Pero tan bajo, que aquellas palabras le rozaron como un aliento, y sus ojos vieron pasar el dulce juramento en alas de una llama, mucho más distintamente que le oyeron sus oídos. En seguida cayeron con esfuerzo algunas lágrimas de los ojos de la joven, después se escaparon gotas más abundantes, y por último, corrieron sus lágrimas como un arroyo.

Era aquel un grupo seductor, bello y fresco. Hubiérase dicho que eran un cisne negro y otro blanco, acariciándose en un baño de mármol rosa.

Permanecieron así durante algunos minutos, enlazados silenciosa y amorosamente ; la joven llorando, el joven aspirando y bebiendo sus lágrimas.

¿ Qué hubieran podido decirse ? ¿ No sucede lo mismo con el amor, que con esos seductores valles de los Alpes

que se les mira, en el momento que se les descubre, apoyados uno en otro con lágrimas en los ojos y callando, porque se conoce bien que nunca se dirá bastante ? Saboreaban su dicha, comprendiendo que no la hay mayor que la de decirse por lo bajo á sí mismo :

— ¡ Soy amado !

Este duo mudo de su corazón se hubiera prolongado hasta el infinito, si al acercarse poco á poco al joven, Regina no hubiera sentido vagar sobre su rostro el aliento abrasador de Petrus. Comprendió que sus labios iban á tocar los labios de su amante. Lanzó un débil grito de terror, deshizo el nudo formado por sus dos brazos en torno del cuello del joven, puso sus manos sobre sus hombros, y rechazándole dulcemente, le dijo con una voz cuya emoción ni siquiera intentó ocultar :

— Alejaos, amigo mio. Sentaos cerca de mí como hace un momento, y hablemos como hermano y hermana.

El joven, continuando sonriendo á Regina, lanzó un débil suspiro, adelantó su taburete hasta los pies de la joven, y se sentó.

— Dadme vuestras dos manos, dijo la joven.

Petrus levantó sus dos manos hasta las dos manos de Regina, y apoyado así de codos sobre sus rodillas, aguardó á que ella hablase, interrogándola con los ojos.

— ¿ No adivináis de qué quería hablaros, Petrus ? preguntó la joven.

— De vuestra madre ; ¿ no es verdad, Regina ? dijo el joven con su voz más acariciadora.

— Sí, amigo mio, de mi madre, repuso ella, y ante todo, dejadme reclamar vuestra más tierna compasión sobre ella. El relato de la vida aislada que aquí lleva, como en un calabozo ; la historia de ese inmenso dolor que se pinta sobre

su rostro, y cuya causa ignora todo el mendo, os haría, si estuviese aquí, doblar ante ella la rodilla.

— ¡ Oh ! Regina, dijo el joven, creed que la compadeczo desde lo más profundo de mi corazón.

— Me habéis preguntado con frecuencia el secreto de la soledad de esa pobre princesa de Oriente, tendida todo el día sobre cojines, sin recibir la luz del cielo más que á través de las aberturas de sus persianas, y rodando, por toda distracción entre sus dedos los numerosos granos de su rosario. Con frecuencia habéis deseado conocer la causa de esa salvajería oriental, de ese aislamiento, de esa ociosidad, que comparabais á la indolencia de las princesas de las *Mil y una noches*. Ahora, sabéis su secreto. Acabo de leer toda su correspondencia. ¡ Oh ! amigo mio, os estremeceríais con la lectura de esas cartas de Mr. Rappt, escritas, mitad para perderla, mitad para consolarla. Vos conocéis al hombre, ¿ no es verdad ? por lo que habéis oído salir de su boca, adivinaréis lo que puede salir de su pluma. Cada uno de los días de mi madre ha sido un día de tinieblas. Os suplico, pues, amigo mio, que por amor á mí seáis indulgente y misericordioso con ella.

— Perdón y bendición sobre ella, dijo Petrus con voz grave. Pero ¿ quién es el corazón pérfido ó estoico que ha tenido bastante cobardía para revelaros semejante secreto ?

— ¡ Oh ! no maldigáis, Petrus, y pensad más bien en lo que hubiera sucedido si yo nada hubiera sabido. No es un corazón cobarde, ni un corazón estoico quien me lo ha revelado todo. Es un corazón inocente, que no sabía lo que hacía ; es una niña á quien amo con toda mi alma y á quien vos amáis también. Es nuestra querida y pequeña Abeja, Petrus, quien dos horas después de nuestro regreso de la iglesia, me ha traído estas cartas.

— ¿ Y cómo, cartas que contenían un secreto de tal importancia, han podido encontrarse en manos de esa niña ?

— Nada más sencillo, amigo mio, y la casualidad (perdonad, quiero decir la Providencia), la Providencia lo ha hecho todo.

— ¡ Decidme eso, Regina !

— Sabéis que mi madre, según el apellido de sus antepasados, se llamaba la princesa Tchouwadieski, y Rina según su nombre de bautismo. Á causa de la dignidad, verdaderamente real, de la que llevaba este nombre, mi padre llamaba á mi madre *Regina* en vez de Rina. Al contrario de lo que sucedió conmigo, que habiendo recibido en el bautismo el nombre de Regina, como se encontró el nombre muy solemne para una niña, mi padre tomó la costumbre de llamarme Rina, y Abeja se habituó á este cambio de nombre, llamándose como se llamaba á mi madre, y llamando á mi madre como se me llamaba. Al volver de la iglesia, y mientras todo el mundo estaba en el salón, Abeja, cuyo principal defecto es la curiosidad, se deslizó en la habitación de la princesa, y por la primera vez de su vida se encontró sola en ella.

Entonces entreabrió el cajón de una almohadilla, donde sabía que mi madre encerraba sus confites de rosa y sus bombones de Oriente.

Excusado es decir que Abeja hizo su provisión de fruterías.

Pero debajo del cajón de los confites, tan frecuentemente puestos á contribución por mi madre para ella, había otro cajón que nunca había visto abrirlo.

¿ Qué podía haber en aquel cajón tan bien cerrado ?

Confites extraordinarios, bombones desconocidos.

É impulsándola los dos demonios de la curiosidad y la

golosina, cogió la llave del cajón abierto, la puso en la cerradura del cerrado, le dió la vuelta, y tiró hacia sí.

Ni el menor bombón ni la más pequeña golosina.

¡ Un paquete de cartas atado con una cinta negra, hé ahí todo !

Cogiólo sin embargo, le dió vueltas y revueltas en las manos, esperando sin duda que algún misterioso depósito de dulces iba á salir aún de aquel envoltorio de papel.

¡ Nada !

Se aprestaba en su despecho á arrojar el paquete, cuando leyó este sobre:

« Á la princesa Rina. »

CAPÍTULO XI.

CONVERSACIÓN DE AMOR (CONTINUACIÓN).

Os he dicho, que Abeja había tomado desde pequeña la costumbre de llamarme Rina. Sea que ella hubiese olvidado que ese era también el nombre de mi madre, ó sea que no lo hubiera sabido nunca, su primer pensamiento fué, que aquel paquete me pertenecía, y el segundo fué llevármelo al instante.

Volvió á cerrar el cajón y á poner la llave en su puesto ; preguntó dónde estaba yo, supo que en la estufa, y corrió toda sudorosa, como estaba la primera vez que la habéis visto.

— Toma, princesa Rina, dijo la niña teniendo sus dos manos á la espalda.

La niña reía, yo estaba triste.

— ¡ Qué quieres decir, loquilla ? le pregunté.

— Quiero decirte, que á mi vez tengo algo que darte. Señora condesa Rappt, tengo el honor de ofreceros este pequeño presente ; si no os agrada, no es culpa mía, atendido á que ni siquiera sé lo que es.

Y después de haber lanzado el paquete sobre mis rodillas, Abeja se salvó, como había venido corriendo con toda la ligereza de sus piernas.

Hasta la tarde no la obligué á decirme cómo habían caído aquellas cartas en sus manos.

Desanudé la cinta. Un centenar de cartas cayeron sobre mis rodillas. Todas tenían en el sobre el nombre que se acostumbraba á darme, escrito de mano de Mr. Rappt.

Estaban escritas en alemán.

Abri una al azar.

Á la cuarta línea nada me quedaba ya que saber.

Compadecedme, Petrus, y sobre todo, compadeced á mi madre.

Y al decir estas palabras, la joven dejó caer, llorando, su cabeza sobre el hombro de su amante.

Petrus murmuró una vez más á su oído dulces y consoladoras palabras. Una vez más recogió con sus labios las lágrimas de la joven. En seguida, pasada una vez más aquella tempestad, volvió á emprender Regina la conversación, en aquel tono grave y solemne adonde había intentado elevarla antes de implorar la misericordia de Petrus para su madre.

— Amigo mío, dijo, ahora sabéis el secreto de mi vida ; ahora tenéis en vuestras manos mi honor y el de mi familia.

Es tarde, vais á retiraros.

Petrus hizo un movimiento, que podía traducirse por una plegaria muda.

Regina sonrió y extendió la mano en señal de que tenía aun algo que decir al joven.

— Escuchadme, le dijo, porque antes de despedirme de vos, tengo aún que deciros algunas palabras.

— ¡ Decid, Regina, decid !

La joven miró á su amante con una ternura infinita.

— Os amo ardientemente, Petrus, dijo. Ignoro cómo pueden amar las demás mujeres ; ignoro hasta las palabras de que se sirven para expresar el amor. Pero sé una cosa, amigo mío, y es, que el día que os he encontrado por primera vez, al veros me pareció que salía de las tinieblas, y que no había vivido hasta entonces. Á partir, pues, de ese día, Petrus, he comenzado á vivir, y al comenzar á vivir, he jurado vivir para vos ; y si preciso fuese, morir por vos. Ante Dios que me oye os juro, que sois el hombre á quien más respeto, más estimo, y más amo en el mundo. ¿ Conocéis una fórmula más solemne para expresaros mi amor ? Dictádmela, amigo mío, y después de vos, la repetiré palabra por palabra con los labios y con el corazón.

— ¡ Oh ! gracias, mi bella Regina, exclamó el joven. ¡ No ! ; no ! el juramento es inútil ; tu amor está escrito sobre tu frente con letras de oro.

— Sólo he querido haceros comprender, Petrus, y esto ante todo, cuánto os amaba, á fin de que no os viniese duda alguna al corazón al escuchar ahora las palabras que voy á deciros.

— Me asustáis, Regina, murmuró el joven soltando una de las manos de la joven, separándose de ella y palideciendo.

Pero Regina le tendió de nuevo aquella mano que aca-

baba de soltar, y repuso con voz grave, aunque llena de dulzura y de amor :

— No es sólo por vuestra poética belleza, ni por vuestra alta inteligencia, ni por vuestro gran talento, que tan simpático me es, no, no es por todo eso sólo por lo que os amo. ¡ No ! Petrus, os amo también, y sobre todo, por vuestro carácter caballeresco, por la nobleza de vuestra alma, por la honradez primitiva de vuestro corazón, no diré por vuestra virtud, la palabra es demasiado común, sino por vuestra lealtad. Vuestra lealtad, como la mía, Petrus, reposa sobre principios fijos, y como el blanco armiño, que la Bretaña ha tomado para sus armas, preferiríais morir á mancharos. Por esto os amo, Petrus ; por esto os digo : no conviene vernos más.

— ¡ Regina ! murmuró el joven inclinando la cabeza.

— ¡ Oh ! ese es también vuestro pensamiento, ¿ no es verdad ?

— Sí, ciertamente, Regina, respondió tristemente Petrus, adhiriéndose con aquella tristeza misma á la dura resolución de la joven. Ese era mi pensamiento ; pero no tan absoluto como le hacéis

— ¡ Oh ! comprendámonos bien, Petrus. Es preciso no vernos más como nos vemos en este momento ; solos, de noche, en mi casa ó en la vuestra ; no sé si estaríais seguro de vos, Petrus. No sé si cumpliríais resueltamente las promesas hechas ; pero yo, la más débil de los dos, yo mujer, os digo : os amo tanto, amigo mío, que nada sabría negaros. Es, pues, importante que combatamos mi propia debilidad. El fraude, que conviene al vulgo de los corazones ; el fraude, autorizado tal vez por la extrañeza de las circunstancias en que nos encontramos, nos está prohibido á nosotros. He reclamado de este hombre el derecho de po-

deros amar, pero no el de ser vuestra querida, y la primera condición de nuestro amor, lo que lo hará profundo y eterno, es que nunca tengamos que ruborizarnos uno delante del otro. Es preciso, pues, mi muy amado Petrus, os lo repito, cesar de vernos como nos vemos en este momento. Creed que todo mi ser se estremece y gime al pronunciar estas palabras; pero nuestra dicha futura está en la dura contrariedad que nos impone la desdicha del momento. Nos encontraremos en el mundo, Petrus; nos veremos en el bosque, en los conciertos, en los teatros; sabréis todos los sitios adonde yo vaya, cartas mías os referirán mis menores acciones completas, mis menores proyectos futuros; después, vueltos á nuestra casa, pediremos á Dios nuestra libertad.

Como durante la relación de Francesca de Rimini lloró Paolo, así lloró esta vez el joven, mientras Regina hablaba. En cuanto á ésta, parecía haber agotado el tesoro de sus lágrimas.

Eran las dos de la mañana; la péndola dió dos golpes; lo que era decir dos veces á los jóvenes que era tiempo de separarse.

Levantóse Regina, haciendo seña á Petrus de que permaneciese en el sitio en que estaba. Fué delante de un pequeño pupitre italiano, todo incrustado de nácar, de concha y de plata, sacó de él un par de tijeras de oro, y haciendo al joven arrodillarse sobre el taburete en que estaba sentado:

— Bajad la cabeza, mi hermoso Van-Dick, le dijo.

Pétrus obedeció.

Regina puso dulcemente los labios sobre la frente del joven; en seguida, en el bosque de rubios cabellos, eligió un mechón rizado, lo cortó á raíz, y enrollándolo en derredor de su dedo, dijo al joven:

— Ahora, volveos á levantar.

Petrus se levantó.

— Á vuestra vez, dijo presentándole las tijeras y arrodillándose.

Petrus cogió las tijeras, y con voz temblorosa, dijo:

— Bajad la cabeza, Regina.

La joven obedeció.

Siguiendo en todo el ejemplo que se le había dado, puso Petrus sus labios temblorosos sobre la frente de la joven, y pasando sus manos, en vez de las tijeras, por los hermosos cabellos de Regina:

— ¡Oh! murmuró, qué ángel de amor y de pureza hacéis, Regina.

— ¿Y qué? preguntó ésta.

— ¡Oh! no me atrevo...

— Cortad, Petrus.

— No, no, me parece que voy á cometer un sacrilegio, que cada uno de esos hermosos cabellos recibe su vida de vos, y separado de vos me echará en cara su muerte.

— ¡Cortad, dijo la joven, yo lo quiero!

Pétrus eligió un rizo, lo cogió entre las dos hojas de las tijeras, cerró los ojos y cortó el rizo.

Pero al ruido que hicieron los cabellos bajo el hierro, se subió la sangre al rostro de Petrus, y el joven creyó que iba á encontrarse malo.

El rizo estaba cortado.

Regina se levantó.

— Dadme esos cabellos, dijo.

El joven se los presentó, después de haberlos besado ardientemente.

Regina los acercó á los de Petrus, los que desarrolló de su dedo; en seguida, tejiéndolos reunidos como hilos de

seda, hizo una trenza de ellos y la anudó por las dos extremidades. Presentando entonces uno de los extremos al joven y cogiendo ella el otro, tomó el medio de la trenza entre las tijeras y la cortó.

— Que los hilos de nuestras vidas sean así confundidos para siempre, y cortados reunidos, dijo la joven.

Y alargando [por la última vez al joven su frente blanca, llamó á la pobre anciana Anita, que aguardaba en la antecámara.

— Volved á conducir á este caballero por la puertecita del jardín, mi buena Anita, dijo á la vieja doncella.

Petrus la miró por la última vez con ojos á los que basó toda su alma, y siguió á Anita.

CAPÍTULO XII.

STABAT PATER.

La torre de Penhoel, último resto de un castillo feudal del siglo XIII, derribado durante las guerras de la Vendée, y que parecía el mismo, en lo que de él quedaba, haber sido injerto sobre una construcción romana; la torre de Penhoel estaba situada á algunas leguas de Quimper, á orillas de aquella parte del Océano que se llama *el mar salvaje*. Colocada en la cumbre de una roca enterrada entre los enebros y los helechos, dominaba las olas atlánticas como un nido de águila, y parecía colocada allí como un centinela avanzado encargado de señalar las velas que aparecían en el horizonte.

Del lado opuesto al Océano, es decir, del lado del Este, y por consiguiente sobre el camino de Quimper, el sitio que se tenía delante de los ojos no carecía de cierto aspecto pintoresco relativo, en su monotonía y su uniformidad.

En efecto, imagínese el lector en una llanura sembrada de colinas y completamente deshabitada, una larga avenida de pinos marítimos, que terminaba en una aldea invisible, situada como estaba en una especie de barranco, y que denunciaba su presencia sólo por espirales de humo que subían al cielo como fantasmas azulados y desmeledados.

Esta aldea era la de Penhoel, de la que era en otro tiempo soberana aquella torre aislada que hemos intentado describir.

El conjunto del paisaje parecía á una inmensa catedral, cuya bóveda hubiera sido el cielo, la gran calle de pinos, las columnas, la torre y el altar.

Aquel humo azulado que subía al cielo, era el incienso que se quemaba bajo su pórtico.

Lo que añadía un no sé qué de pintoresco á aquel cuadro, era un personaje que estaba en la cumbre de la torre, apoyado en el parapeto, en pie é inmóvil, un personaje, que se le hubiese tomado por una estatua de granito, si el viento del Oeste, que soplaba como una brisa aguda, no hubiera hecho flotar sus cabellos blancos.

Este personaje era un hermoso viejo, todo vestido de negro, que volvía la espalda al mar y hundía en la calle inmensa una mirada, oscurecida de vez en cuando por las lágrimas que secaba con un pañuelo.

Aquel movimiento fué, por lo demás, el único que hizo.